



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

LUNES 1.º DE DICIEMBRE DE 1873.

NÚM. 138.

### LA LUZ.

No había nada de lo dicho. Con harto fundamento sospechábamos al fin del artículo de fondo de nuestro número pasado, que el Papa y los obispos españoles eran incapaces de hacer lo que se les atribuía.

Segun noticias que corrieron por todos los periódicos, el Papa y casi todos los obispos españoles habían desaprobado la conducta del obispo de Urgel, que había abandonado su sede pastoral y que se había lanzado á los campos de batalla en pos de las huestes del pretendiente D. Carlos. Hoy ya son otras las noticias que podemos dar á nuestros lectores. Segun los mismos periódicos absolutistas, el Papa ha nombrado al obispo rebelde de Urgel, como en otro lugar decimos, vicario general castrense de los ejércitos reales de España. Semejante conducta es de todas suertes oprobiosa y digna de la mayor censura.

Aquí hay dos hechos. El del jefe espiritual de una religion que lanza á la pelea á aquellos que debieran ser los predicadores más fervientes de la paz y de la tolerancia, y el del jefe de un poder espiritual que se pone en guerra con un poder existente, reconociendo una legitimidad y una autoridad que no tienen á los que se levantan contra aquel. El hecho en sí es más grave de lo que parece. Si á nombre de la bondad de las ideas hemos anhelado siempre la destruccion del pontificado, hoy por amor á la paz pública, debemos desear tambien que concluya en manos del actual Pio IX ese poder espiritual que le queda, y de que hace tan mal uso, permitiendo á los que están bajo su jurisdicción sentar plaza en ejércitos rebeldes, y no sólo sentar plaza en estos, sino conferirles dignidades y cargos de los más altos, manifestando con esto una marcada hostilidad al poder establecido.

Si faltara un último ejemplo para acabar de demostrar que la causa del absolutismo, que en resumen no es más que la de la barbarie, y la del Papa eran la misma, esto bastaría. No le ha detenido al Papa en su propósito la idea de hacer que estalle un conflicto internacional quizá entre Italia y España; ante todo era preciso sacrificarse á la idea, sucediera lo que sucediera, y el obispo faccioso de Urgel fué nombrado vicario general castrense de los ejércitos de D. Carlos, lo cual significa un reconocimien-

to implícito de la magestad utópica de aquel.

¿Y los obispos? ¿Se adherirán á la determinación del Papa, ó protestarán contra ella? No dudamos afirmarlo; asentirán á ella y se regocijarán pensando que todos los poderes celestes van á ponerse á la orden de Carlos VII, pues este ha sido reconocido implícitamente por el soberano de los soberanos é infalible Pio IX. La causa es igual en todos los países, la resistencia está en todas partes organizada. Allí donde se puede, la lucha á viva fuerza; allí donde no, la resistencia pacífica. En Alemania el clero se subleva contra las medidas del Gobierno; el clero austriaco incita á este, que prosiga en su obra de oposicion y de resistencia, y el Papa los anima á todos para que se opongan á las leyes que se establezcan, siempre que estas no les consientan la preponderancia y la influencia de que en otros tiempos gozaron. La religion en ellos no es más que la máscara, la política el fin. Arrojarían la tierra entera á una hoguera, si esto pudiera servirles para alcanzar de nuevo la omnipotencia, que nunca jamás volverán gozar. Los pueblos verdaderamente cristianos y verdaderamente liberales, tienen una queja más contra el papado y contra el catolicismo, digámoslo de una vez. El catolicismo es la religion de los tiranos y de los verdugos, de Carlos VII y del Papa. No nos vuelvan á hablar otra vez de Jesucristo aquellos que desde la silla de San Pedro firman Breves concediendo distinciones y honores, que por otra parte no pueden conceder, á pastores rebeldes que abandonan su rebaño, á obispos que cambian la mitra por el casco, y que predicán y practican el esterminio á nombre de Aquel que murió por la libertad y por la paz de todos los pueblos y de todos los hombres.

### LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

#### III.

¿Cuál es el origen de los Evangelios apócrifos ortodoxos? ¿Cuáles son los grandes caracteres de su historia? ¿Quién los ha escrito? ¿A qué época más ó menos se remonta su composicion?

La mayor parte de ellos por una ficción piadosa se atribuyen á la edad apostólica, pretendiendo que sus autores sean grandes personajes religiosos de los primeros siglos de la Iglesia. Así el *Evangelio de la Natividad de María* y de la *Infancia del*

*Salvador*, sería del apóstol Mateo. Segun un pasaje del proto-Evangelio, este escrito fué redactado por Santiago el Menor. El prólogo de los últimos momentos de María dá á entender que el apóstol Juan es el autor de este apócrifo. El mismo Poncio Pilatos habría compuesto los *Actos* que llevan su nombre.

Con facilidad se reconoce lo infundado de estas pretensiones. En gran número de puntos, el contenido de estos libros está en divergencia con la fé del primer siglo. Cuando en una obra que se cree haber sido redactada en una época dada, se hallan rasgos característicos de una doctrina, que según testimonios decisivos, no ha aparecido por vez primera en la historia, sino uno ó dos siglos más tarde, es necesario resignarse á considerar aquel libro como obra de un falsario. Este principio de crítica moderna, es fundamental en este orden de cuestiones. Es aplicable aquí. En la lectura de los libros de que nos ocupamos se descubren rasgos indelebles de doctrinas cuya primera aparicion se remonta á lo sumo á la mitad del segundo siglo.

El resultado del exámen fundado en este principio hace admitir que fueron redactados entre el segundo siglo y el sexto. He aquí probablemente en qué orden se han sucedido los Evangelios apócrifos que hemos alcanzado. Los que hacen relacion á la infancia del Salvador, el *proto-Evangelio de Santiago el Menor*, el *Evangelio de Tomás el Israelita* y la *Relacion de Pilatos á Tiberio*, datarian de la segunda mitad del segundo siglo ó del principio del tercero. El *descenso de Cristo á los infiernos*, que despues de haber existido desde luego separadamente, forma al presente la segunda parte del *Evangelio de Nicodemo*, se remontará poco más allá de la segunda mitad del cuarto siglo ó quizás del principio del quinto. A mediados de este siglo se vería aparecer la *Natividad de María*, con sus narraciones sobre Joaquín y Ana, padre y madre de la Virgen. Los últimos momentos de José serían del final del mismo siglo y el *Evangelio del pseudo-Mateo*, que reúne en un todo las noticias de las narraciones que se ocupan de la Santa Familia y de la infancia del Señor, añadiendo nuevos detalles relativos á la huida de Egipto, habría visto la luz en el curso del siglo sexto. Se sabe por otra parte que el *Evangelio de Nicodemo*, formado como acabamos de decir por el *Descenso á los infiernos* y un escrito titulado *Los Actos de Pilatos*, colocado á la cabeza de aquel, y narrando la muerte de Cristo antes de su descenso á las sombrías mansiones, recibió esta forma definitiva en Inglaterra en el siglo octavo. Con esta redaccion, fué llevado á Oriente con los cruzados; allí fué donde más tarde se le volvió á encontrar. Lo que hemos dicho sobre los relatos apócrifos, sin duda, há suicientemente demostrado que estos no tienen ningun carácter



histórico, y que son una pura obra de imaginación. Para conocer su verdadero origen es preciso examinar antes una cuestión más general. ¿De qué manera se forman las leyendas? ¿Quién es el verdadero autor de ellas?

Muchas respuestas se han dado para resolver este problema, uno seguramente de los más graves que la crítica histórica tiene que resolver. Hubo un tiempo en que se creía que las leyendas religiosas eran el producto reflexivo de la imaginación de algunos hombres, que las componían á manera de poetas y de novelistas, ó obra de la clase sacerdotal que no temía inventarlas friamente, arrastrada por un egoísta interés de dominación espiritual, á fin de retener el espíritu religioso de las masas entre la apretada malla de sus hábiles ficciones.

Hoy se piensa generalmente que las multitudes ignorantes, las clases inferiores, é incultas de la sociedad, en las cuales el sentimiento religioso y poético á la vez es más tenaz y profundo, son las eternas y fecundas inventoras de toda clase de mitologías. La voz del pueblo es la que ha repetido primero las leyendas poéticas de Kreichna, el Dios pastor de la India; de Hércules, el valeroso civilizador de la Grecia y de la Italia. En el seno de la Iglesia cristiana, la misma multitud ignorante es la que ha dado ella sola nacimiento á los relatos maravillosos que forman el contenido de los Evangelios apócrifos.

Si queremos formarnos una idea del origen y del desarrollo de estas leyendas, observándolas de más cerca nos convenceremos de que la aparente unidad católica cubre elementos muy heterogéneos. Desde el primer momento, la doctrina del Maestro no fué quizá bien comprendida en toda su profundidad ni aun en su verdadero sentido. Por su sublime naturaleza, estaba condenada á ser desde el principio fácilmente desconocida. Ella lo fué prontamente hasta por los doctores mismos; ella ha debido serlo más fácilmente aun por las multitudes ignorantes.

Después, en todas las razas, quizás sobre todo en la gran familia greco-romana, la primera en aceptar el cristianismo; la imaginación popular tiene una propensión natural á inventar incesantemente leyendas religiosas, verdaderos poemas del pueblo. Reteniendo vivamente los hechos, ella les imprime su sello, el sello de su carácter y de su génio. Después, revolviéndolos por un lento trabajo de elaboración y reflexión, involuntariamente ella los transforma, y trabaja sin cesar para embellecerlos. El suceso ó el personaje una vez ha sido por el espíritu popular, se modifica al poco tiempo por este esfuerzo general de imaginación; se aleja más y más de su tipo primitivo, y concluye por llegar á ser casi desconocido. Este instinto creador del génio popular es un don permanente, y sus producciones no le agotan.

Al hacerse el cristianismo una religión de la multitud, puesto en cierta manera á merced de las concepciones populares, debía ser desfigurado y modificado al tenor del génio particular de cada comarca. La leyenda debía venir bien pronto á mezclarse y á sobreponerse á la historia.

Algunos pasajes bastante significativos del Nuevo Testamento parecen indicar que esta alteración empezó en una hora feliz. En su primera epístola á Timoteo, Pablo señala á su hijo en la fé, ciertas personas que enseñaban una doctrina diferente, suplicándole les advirtiese no diesen acogida á fábulas y á genealogías que no tienen fin. (1, 3, 4.) Algunas páginas más allá, le recomienda que rechace las fábulas profanas y parecidas á las de las viejas, (iv, 7). No quisiéramos nosotros imponer al lector nuestra manera de ver sobre la significación que se ha de dar á estos pasajes, ni asimismo insistir más de lo razonable sobre una interpretación que nosotros no hacemos más que indicar aquí de paso. Pensamos, sin embargo, que sin torcer el texto, se puede ver en estas genealogías de que habla el apóstol, no tan solo aquellas que hacían relación al Señor mismo,

sino también los relatos referentes al nacimiento de María y el de su padre y su madre, tan parecidos á los de los Evangelios apócrifos de la Infancia. La expresión hebrea de *generaciones* ó *genealogía* es tan frecuentemente sinónima de nuestra palabra historia, y podría así aplicarse á los relatos desenvueltos del género de estos apócrifos. En cuanto á los cuentos de viejas, esta expresión designaría bastante bien las leyendas de que nos ocupamos; se parecen á menudo más á los cuentos de las viejas que á la seria narración de nuestros libros santos. Estos pasajes, pues, manifiestan indicar que ya hacía la mitad del primer siglo de nuestra era, en las regiones inferiores de la sociedad cristiana, existían los elementos legendarios bien caracterizados. Si desde entonces la vida espiritual tan intensa al principio, hubiese seguido una progresión ascendente, esta mezcla habría concluido por desaparecer, sofocada en cierto modo por el desarrollo creciente de la verdad; mas en lugar de engrandecerse, la vida religiosa disminuyó sensiblemente desde el segundo siglo. A partir de esta época, el gusto á las leyendas debió desenvolverse en el pueblo en la misma proporción.

Este funesto progreso fué aún acelerado por las circunstancias generales de esta época. La facilidad cada vez mayor con que los paganos eran introducidos en la Iglesia, el acrecentamiento rápido de esta última, que no permitía exigir más de los neófitos las garantías necesarias para la pureza de la fé, debían favorecer esta corriente popular de poesía y de credulidad. A cada generación, el número de los cristianos de nombre, de rutina y de tradición era mayor. Sangrientas persecuciones hacían por entonces en muchas partes muy difícil la instrucción del pueblo, y ya se sabe lo que la ignorancia facilita el vuelo de la imaginación y de la poesía popular.

Se concibe que desde entonces, en cierta esfera de la Iglesia, se haya venido rápidamente á no verse más, en el gran drama del Evangelio, que una magnífica colección de leyendas y un tema fecundo de poéticas fantasías. Los espíritus una vez lanzados por esta senda, debían ir tanto más lejos, cuanto que los hechos que preocupaban las imaginaciones, faltaban casi por completo en los cuatro Evangelios. Se querían llenar estas lagunas. Por lo que concierne á Cristo, se preguntaba con curiosidad qué habría podido acontecerle de maravilloso en tal circunstancia de su vida, sobre la cual la tradición nada decía y que había debido ser señalada por algún prodigio. Y se hacía gran copia de suposiciones. Se está muy próximo á creer una cosa, cuando se desea y preocupa fuertemente la imaginación. Afirmar, es una necesidad de nuestra naturaleza. Un hecho, una vez en circulación, vuela con facilidad de boca en boca. Acójido por do quiera con confianza, es embellecido y engrandecido sin cesar, avanzando como la avalancha. La frase tan conocida *crescit eundo*, resume muy bien el desarrollo progresivo de la leyenda en el espíritu del pueblo.

Así es, de adición en adición como se completó la historia apócrifa de Cristo. No quedó ya ninguna laguna que llenar. En este trabajo de imaginación popular la imagen del Salvador está como oscurecida, ha perdido poco á poco sus más hermosos caracteres. La humanidad del Señor fué sacrificada; pero mientras que desnaturalizándola de esta suerte se creía glorificarle, otros personajes religiosos se engrandecían y se elevaban insensiblemente á su lado. María y José saliendo por un acaso inadvertido, de las modestas proporciones de la humanidad, llegan á ser los objetos de una especie de culto. También para ellos comenzó á formarse una leyenda. Desarrollándose, llegando poco á poco á todo el acrecentamiento de que es susceptible, vendrá á ser bien pronto en la Iglesia como una nueva religión, como un segundo cristianismo humano; aquel salió por completo de la multitud ignorante y grosera, el cual vendrá á colocarse al lado del otro á cubrirla, casi á oscurecerla.

Esta leyenda cristiana, una vez nacida, no podía perecer; debía perpetuarse, por el contrario, para edificación de las futuras edades. Las creencias comunes concluyen siempre por formularse en un código escrito. A medida que estas leyendas se desarrollaban, se debía sentir la necesidad de fijar, por la Escritura, estos embellecimientos sucesivos de la tradición.

A los historiadores de la leyenda no les era necesario, ni ciencia, ni tacto crítico, ni cultura literaria, ni gusto delicado. Solo el celo piadoso hacía falta, y por esta época era común. Se comprende que no hayan faltado hombres dispuestos á recoger estos piadosos relatos. Un buen sacerdote había reunido en un libro muchos hechos legendarios del apóstol Pablo. En seguida de su publicación, fué acusado de falsedad y llevado bajo este concepto ante un tribunal eclesiástico. Intimidado por sus jueces á explicar el pensamiento que le había decidido á publicar el libro, respondió sencillamente que lo había redactado por amor á Pablo, *«id fecisse amore Pauli.»* Este hecho pinta la época, el disfavor que caía sobre esta literatura sospechosa á los conductores de la Iglesia y al clero superior, y mucho más el espíritu que ha inspirado la redacción de los Evangelios apócrifos.

Nacidos así, uno á uno, salidos de la pluma de autores desconocidos, de un origen popular, oscuro y misterioso, estos libros no han ejercido más que una acción subterránea y casi insensible. Se tenía cuidado de apartarlos de las miradas de los jefes de la Iglesia. Ellos, se apoderaban sordamente del espíritu de las masas sin cultura. También, cosa que es digna de advertirse, la continuación de su historia prueba claramente que ya en muy buena hora había dado principio su popularidad en ciertas regiones de la Iglesia; los padres anteriores al tercer siglo parecen ignorarlos por completo. Sus escritos casi no contienen ninguna alusión á estas leyendas. Ireneo, que hubiera tenido en su *Tratado sobre las Herejías*, tantas ocasiones de mencionar esta literatura apócrifa, no dice apenas nada que haga creer que la había conocido. Justino Martyr, Orígenes y Tertuliano citan con frecuencia ciertos detalles legendarios, pero estos doctores animados aún por la gran inspiración del primer siglo, se detienen muy de ligero en estos tratados apócrifos, que no les ofrecen evidentemente más que un interés muy débil.

¿No pudiera buscarse en el carácter popular de estas leyendas, casi ignoradas en su origen por los conductores de la Iglesia, aunque eran ya apreciadas por la multitud inculta, la explicación de este misterioso nombre de apócrifas, que las ha asignado el uso? La hipótesis que nosotros exponemos aquí quizás contribuya á resolver la tan debatida cuestión del origen y verdadero sentido de esta calificación. Como hemos dicho al principio, apócrifo significa disimulado, reservado. ¿Disimulados, reservados, estos libros no lo eran ya sin duda por la oscuridad misma de su origen? No lo eran, sobre todo por el cuidado que tenía de esconderlos á las miradas de sus conductores, el pueblo de las iglesias, que no vivía quizás sin inquietud y sin un vago sentimiento por la distancia que le separaba de la doctrina oficial. Eran aquellos los documentos de una especie de religión oculta que huía de la luz. Daban acceso en la Iglesia á doctrinas que no estaban aceptadas por los doctores, y que estos últimos miraban con malos ojos. Se comprende que los partidarios de esta literatura de contrabando la hayan tenido oculta, y que para los conductores de la Iglesia, que más tarde la dieron su nombre, haya estado mucho tiempo más ó menos reservada.

Pero hacía la mitad del cuarto siglo, estos Evangelios apócrifos hacen de repente su aparición en los escritos de los padres. Desde esta época, las alusiones, los plágios de estas leyendas se multiplican. San Epifanio, el ardiente adversario de la herejía, llama sin ningún escrúpulo á imitación de uno de estos escritos, al padre y á la madre de la Virgen, Joaquín y Ana. José es ya para él el



buen octogenario de los *Evangelios de la niñez*. Los otros doctores de la misma época, los dos Gregorios, San Juan Crisóstomo, Cirilo de Jerusalem y San Efremitio, hacen igualmente un uso frecuente de ciertos detalles legendarios, plagiados sobre todo del *Descenso de Cristo á los infiernos*.

Este súbito favor se explica por la transformación del cristianismo en religión de Estado, que tuvo lugar por esta época, bajo Constantino. Este hecho capital modifica profundamente las condiciones de existencia de la sociedad cristiana. Una vez que la multitud hubo entrado en la Iglesia, era preciso catequizarla y repartir con profusión el pan de la amistad cristiana entre el tropel de estas multitudes aún ignorantes. Tal fué el fin del pulpito cristiano, á partir del cuarto siglo. ¿Pero cómo hacer penetrar en la multitud inculta el divino fermento de la verdad, cómo dirigirse á ella sin contar con esta tradición apócrifa, de la cual, en el fondo, ella era la madre, y con la cual estaba ya tan enlazada? Los conductores de las Iglesias pensaron sin duda que ellos debían recurrir á hacer uso de las leyendas, so pena de perder una gran parte de su ascendiente en el espíritu de los pueblos. Muchos también quizás cedieran, á su pesar, á la atracción general que estas leyendas ejercían cada vez más en las imaginaciones. Así se explican las alusiones siempre más frecuentes hechas á estas tradiciones por los grandes predicadores de esta época, sobre todo en Oriente. Este movimiento legendario, sostenido ahora por la autoridad de la cátedra y de la literatura eclesiástica, no se detendrá. Los Evangelios apócrifos marchan á pasos agigantados hacia la inmensa popularidad que les espera, y de la cual gozaron en la Iglesia del quinto al sexto siglo.

## MORADA DEL CIELO.

Si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos sus deleites?...

Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados y alégranse las potestades; enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios.

¿Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, conversar con los mártires y con todos los escogidos? Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y aquel que siendo uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oír y ver al Rey Salomón, que decía la Reina Sabá: bienaventurados los que asisten delante de Ti y gozan de tu sabiduría; ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los santos; este es el último fin y puesto de todos nuestros deseos.

(P. GRANADA.)

## EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scio.

(Continuación.)

### CAPÍTULO VI.

#### LA CERTIDUMBRE DE LA SALVACION.

1. *El hombre no debe descansar, hasta que se haya asegurado de su eterna salvación.* La certeza sólo hace bienaventurado y fuerte; la duda mortifica é inutiliza cada fuerza. Porque ¿quién sería capaz de seguir la exhortación del Señor de andar en pos de Él por sufrimiento y muerte, si no estuviese cierto del magnífico fin? «Cualquiera que no renuncie á todo lo que posee, dice el Señor, (San Lucas, xiv, 33) no puede ser mi discípulo.» ¿Quién querría poner en peligro todo lo que tiene contra una cosa aún no cierta? Pero á quien está seguro de la victoria, ¿qué le importa la pérdida de los bienes de la tierra ó los trabajos de la vida de la tierra?

2. *Esta certidumbre de la salvación está fundada:*

a. *En el ilimitado y eterno amor y gracia de Dios.* Sobre este amor se funda, como en el ser de Dios mismo, toda nuestra salvación. Esta voluntad misericordiosa de Dios es por sí misma de una naturaleza invariable.

Números, xxiii, 19. No es Dios como el hombre para que mienta; ni como el hijo del hombre para que se mude. ¿Dijo, pues, y no lo hará? ¿Habló y no lo cumplirá?

La desconfianza contra las promesas de Dios le hace mentiroso, la desconfianza contra su buena voluntad, le hace un espíritu maligno.

b. *En el hecho de la salvación una vez cumplida.* Lo que se ha cumplido una vez no se puede deshacer ya jamás. Este hecho de la salvación tiene una importancia eternamente valedera. Ni la muchedumbre de los pecados por más grande que deplorablemente sea, ni la gravedad de los pecados por más que sean de los más aborrecibles, ni las reincidencias de la flaqueza, sea cualquiera la reprensión que merezcan, quitan la validez de la obra de la salvación. Para pecador arrepentido la gracia siempre es cierta.

c. *En la Palabra de Dios.*

San Juan, x, 27, 29. Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen: y yo las doy vida eterna y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre.

San Juan, xi, 25, 26. Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás.

Romanos, viii, 23, 39. Sabemos también que á los que aman á Dios, todas las cosas contribuyen á su bien, á aquellos que según su decreto son llamados santos. Porque los que conoció en su presciencia, á estos también predestinó para ser hechos conforme á la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y á los que predestinó, á estos también llamó; y á los que llamó, á estos también justificó, y á los que justificó, á estos también glorificó. Pues ¿qué diremos á estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros? El que aun á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con Él todas las cosas? ¿Quién pondrá acusación contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Jesucristo es el que murió, el que también resucitó, el que está á la diestra de Dios, el cual también intercede por nosotros. Pues ¿quién nos separará del amor de Cristo; tribulación, ó angustias, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecución, ó espada? (Así como está escrito: porque por tí somos entregados á la muerte cada día, somos

reputados como ovejas para el matadero.) Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto, que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios que es en Jesucristo, Señor nuestro.

2.ª Timoteo, i, 12. No me avergüenzo (de la predicación del Evangelio) porque sé á quien he creído y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

2.ª Corintios, i, 20, 22. Porque todas las promesas de Dios son en Él. «Sí, así también son por Él mismo, Amen» á Dios para nuestra gloria. Y el que nos confirma con vosotros y el que nos ungió, es Dios: el cual también nos selló y dió en nuestros corazones la prenda del Espíritu.

Observación 1.ª Una consecuencia perniciosa de la doctrina de la cooperación, es que un cristiano nunca puede estar cierto de su salvación, porque nunca sabe si ha hecho bastante. Por eso acumula mérito sobre mérito. La seguridad de la salvación tiene su fundamento no en nosotros, sino en Dios. Mientras los sacerdotes tienen las almas en la incertidumbre, los tienen enteramente en su poder. La certidumbre los hace libres del servicio de las obras que ellos mismos han escogido, como también de la dominación de los clérigos y del temor ante los hombres.

Observación 2.ª Pero también se encuentran muchos cristianos fieles que no han llegado todavía á un acto definitivo de su desarrollo interior, y tal vez en toda su vida llegan á este, y á quienes no podemos negar la salvación por sola esta razón. El Señor es el único que escudriña los corazones, y Él conoce á los suyos. Pero ninguno debe quedarse quieto en la mitad del camino y tranquilizarse con sus buenos deseos y su buena voluntad. A estos dice el Señor una palabra durísima.

(Se continuará.)

## RESPECTO Á LA LEY. (1)

Cuando el ejercicio de los derechos individuales que por estar más directamente relacionados con la política no ha dado ocasión por lo general á perturbaciones que redundasen en descrédito de las ideas democráticas en nuestro país, nos ha causado verdadero dolor la lectura de un suelto de *La Lealtad* de Granada y una carta del mismo punto que anoche publica *La Epoca*, en los cuales se pone de manifiesto que la libertad religiosa, la más importante conquista de la revolución de Setiembre, la que reúne mayor número de adeptos aun dentro de las clases y de los partidos llamados conservadores, no solamente no es bien comprendida y apreciada en una población tan culta como aquella, sino que es además origen de disturbios y de conflictos.

A lo que parece, existe en Granada un vendedor de libros protestantes que, según dice *La Lealtad*, infringe impunemente el núm. 3.º del art. 240 del Código, según el cual debe ser castigado con las penas de prisión correccional en sus grados medio y máximo y multa de 250 á 2.500 pesetas el que escarneciera públicamente alguno de los dogmas ó ceremonias de cualquiera religión que tenga prosélitos en España.

Aparece asimismo de la carta publicada en *La Epoca*, que en la noche del 21 del actual acudieron á la capilla evangélica allí establecida un crecido número de estudiantes y de cadetes, los cuales perturbaban la celebración del culto que allí se celebraba con los gritos de *¡que baile, que baile!* dirigidos al pastor protestante en el momento de hallarse desempeñando sus funciones, delitos ambos previstos y castigados el primero con la pena de

(1) Hacemos nuestro en casi todas sus partes este artículo que copiamos de *El Imparcial*. Nosotros no necesitamos defendernos: nos defienden los que aman la libertad de conciencia y las garantías que respecto á ella se establecen en la Constitución del Estado.



prision mayor en sus grados mínimo y medio, y el segundo con la misma pena en que según *La Lealtad* ha incurrido el vendedor de libros protestantes.

Promovido el alboroto, los estudiantes y cadetes intentaron, por lo visto, fugarse saliendo á la calle, lo cual impidió la policía á viva fuerza, siendo conducidos á la cárcel 25 de los alborotadores.

Tales son los hechos referidos por los adversarios del protestantismo y acerca de los cuales llamamos sériamente la atención del Gobierno.

Siendo nosotros profunda y sinceramente católicos, reclamamos enérgicamente para nuestra religión el respeto que debe guardársela con arreglo á las leyes; y si, como *El Diario Español* indica, hay alguna autoridad en Granada ó algun funcionario público que proteja ó tolere la trasgresión del número 3.º del art. 240 del Código, pedimos para esa autoridad ó ese funcionario el condigno castigo.

Del relato de *La Lealtad* no se desprende, sin embargo, y no hemos de omitirlo aunque sea favorable á los que abrigán distintas creencias religiosas que nosotros, que el vendedor de libros protestantes de Granada haya *escarnecido* públicamente alguno de los dogmas ó ceremonias de la religión católica, porque la simple venta de sus libros, así como la apología de la doctrina en ellos contenida, aunque produzca la aglomeración de gentes, y estas disputen entre sí, no son actos comprendidos en el número y artículo del Código citados por *La Lealtad*.

Desgraciadamente no sucede lo mismo con los actos realizados por los estudiantes y cadetes en la capilla evangélica y que refiere el correspondiente de *La Epoca*, á quien vemos con verdadera extrañeza atenuar la gravedad que encierran calificándolos de calaveradas.

No; si en el momento en que en uno de nuestros templos se celebrase el santo sacrificio de la misa, ó un sacerdote católico dirigiese su palabra á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo, cierto número de protestantes prorumpiera en gritos análogos á los proferidos en la capilla evangélica de Granada, la autoridad tendría el imprescindible deber de apoderarse de los culpables y someterlos á los tribunales.

¿Se consideraría en este caso satisfecha *La Epoca* con que semejante profanación, que nos heriría en lo más íntimo de nuestras creencias, se calificara de calaverada?

¿Referiría entonces como un rasgo de ingenio digno de imitación el que uno de los delincuentes se procurase la fuga dando á entender á los agentes que le custodiaran que era hijo del segundo cabo?

¿Extrañaría tampoco que las autoridades tomasen las precauciones convenientes para que no se cometieran semejantes atentados ó para reprimirlos instantáneamente?

Conociendo los sentimientos de nuestro colega, creemos que no; pero en cuanto á nosotros, lo aseguramos en absoluto, porque tenemos el derecho reconocido por la ley y por las nociones más rudimentarias de la moral universal de que no se lastimen los más íntimos afectos de nuestra conciencia, y por eso, y para conservar íntegro nuestro derecho, queremos y pedimos que se respete ese mismo derecho en los que no crean lo que nosotros creemos.

Con las prácticas religiosas que se celebran en un templo católico ni en una capilla evangélica pueden ofenderse las creencias de nadie, porque los que entran en el uno ó en la otra deben profesar las creencias á que allí se rinde culto, y si entran por curiosidad tienen el deber de guardar la compostura que la más vulgar educación impone cuando se penetra en casa ajena.

Es indispensable que el pueblo español comprenda que no se puede pedir respeto al derecho propio sin respetar escrupulosamente el derecho ajeno; y el Gobierno, por su parte, no debe tolerar ni que los protestantes ni que los católicos grana-

dinos se consideren superiores á la ley, que es igual para todos.

El art. 21 de la Constitución de 1869, hoy vigente, establece que la nación se obliga á mantener el culto y los ministros de la religión católica, y España debe cumplir escrupulosamente este deber que se ha impuesto, satisfaciendo las reclamaciones en este sentido que revistan carácter de justicia.

Sin cumplir este deber, sin cumplir esta primera parte del artículo constitucional, le será muy difícil al Gobierno hacer cumplir los dos últimos párrafos del mismo artículo que garantizan la libertad religiosa, porque desde el momento en que á la Iglesia católica, á que pertenecen la inmensa mayoría de los españoles, no se la dé lo que de derecho le corresponde, se la puede considerar injustamente perjudicada y aun perseguida, lo cual, como siempre sucede, irrita las creencias hasta producir el fanatismo, que produce á su vez la exacerbación de las creencias contrarias, originándose en esta lucha conflictos como el de Granada, y los cuales, si no se cortan á tiempo y con la más estricta legalidad, pueden generalizarse con daño de la religión, de la patria y de la moral.

## LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos  
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,  
Allí, gran Dios, presente,  
Atónito mi espíritu te siente.  
Allí estás, y llenando  
La inmensa creación, so el alto empuje  
Velado en luz te asientas,  
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.  
La humilde yerbecilla  
Que huella, el monte que de eterna nieve  
Cubierto se levanta  
Y esconde en el abismo su honda planta;  
El aura que en las hojas  
Con leve pluma susurrante juega,  
Y el sol que en la alta cima  
Del cielo ardiendo el universo anima,  
Me claman que en la llama  
Brillas del sol; que sobre el raudal viento  
Con ala voladora,  
Cruzas del Occidente hasta la aurora.  
Y que el monte encumbrado  
Te ofrece un trono en su elevada cima;  
La yerbecilla crece  
Por tu soplo vivífico, y florece:  
Tu inmensidad lo llena  
Todo, Señor, y más; del invisible  
Insecto al elefante,  
Del átomo, al cometa rutilante.  
Tú á la tiniebla oscura  
Das su pardo capúz, y el sutil velo  
A la alegre mañana  
Sus huellas matizando de oro y grana.  
Y cuando primavera,  
Desciende al ancho mundo, afable ries  
Entre sus gayas flores,  
Y te aspiras en sus plácidos olores.  
Y cuando el inflamado  
Lirio más arde en congojosos fuegos,  
Tú las llenas de espigas  
Volando nueves y su ardor mitigas.  
Si entonces al bosque umbrío  
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras  
El frescor regalado,  
Blando alivio á mi espíritu cansado.  
Un religioso miedo  
Mi pecho turba, y una voz me grita:  
En este misterioso  
Silencio mora, adórale humilde.  
Pero al par en las ondas  
Te hallo del hondo mar, los vientos llamas,  
Y á tu saña lo entregas  
O si te place su furor sosiegas.  
Por do quiera, infinito  
Te encuentro, y siento en el florido prado,

Y en el luciente velo  
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres  
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo  
Que en vil lodo mora,  
Y el ángel puro que su lumbré aora.

Igual sus himnos oyes  
Y oyes su humilde voz, de la cordera  
El plácido balido,  
Y del león el hórrido rugido.

Y á todos dadivoso  
Acoges, Dios inmenso, en todas partes,  
Y por siempre presente  
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.  
Oyélo blando y mira  
Mi deleznable sér; dignos mis pasos  
De tu presencia sean,  
Y do quier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazón  
De un ardor celestial, que á cuanto existe  
Como Tú se derrame,  
Y, ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.  
Todos tus hijos somos:  
El tártaro, el japon, el indio rudo,  
El tostado africano  
Es un hombre, es tu imagen, es un hermano.  
MELENDEZ VALDÉS.

## LA OCIOSIDAD.

Riquísimo hombre es el ocioso, pues de la cosa más preciosa de todas que es el tiempo, es tan rico que no sabe qué hacerse de él, según lo tiene sobrado. Pero tiempo vendrá que estará tan pobre del tiempo que ahora tiene sobrado, que pedirá un poco para hacer penitencia y le será negado. Tanta gloria perdemos en cada hora, cuantos bienes podríamos hacer si no perdiésemos el tiempo viviendo ociosos. Mata la ociosidad y nacerá la fama, porque el trabajo es padre de la fama. Como para extender y ensanchar una masa de hierro es necesario martillarla y hierirla, así para extender la fama y ensancharla por la tierra es menester que con el juego de los trabajos y martilladas de molestias sea la virtud ejercitada. No es otra cosa la ociosidad sino sepultura de hombre vivo.... Llenos están los libros de los males que de la ociosidad se siguen. Mira, pues, cómo gastas el tiempo, si de una sola palabra ociosa has de dar cuenta y razón. Los hombres claros no ménos cuenta son obligados á dar de su ociosidad que de sus negocios. Porque en ningún tiempo quiere el Señor que estemos ociosos, en todas las horas salió y envió á trabajar á su viña á todos los que halló en la plaza. Siempre te debes ocupar, porque el enemigo no te halle ocioso. La vasija que está ocupada y llena, no puede recibir otra cosa. El alma ocupada no puede recibir malos pensamientos. El agua que corre cria dulces peces; pero el agua detenida y ociosa, como la de las lagunas y balsas, no cria sino ranas y culebras, y sus peces son sin gusto y dañosos. ¿Qué puedes tú criar estando ocioso sino pensamientos vanos, deshonestos, y torpes? Echa de tí la ociosidad, porque si de esta pestilencia no huyes, no dejarás de ser presa de muchos vicios.

(P. ESTELLA.)

## DE LA CERTEZA DE LA SALVACION Y DE LA PERSEVERANCIA.

Entraremos en el palenque acerca de la seguridad de ser salvados, contra la cual la Iglesia romana se arma de todo su poder. El Concilio de Trento en el cánón 15 de su sexta sesión, fulmina y anatematiza á todos aquellos que digan que los regenerados y justificados deben creer que son con seguridad del número de los elegidos. Es una sentencia un poco dura, por la cual estos padres envían al infierno á todos aquellos que creen ir al paraíso, como si fuera un crimen punible el con-



fiar en Dios. El jesuita Cotton, en el sermón del juicio particular, dice que «todos los hombres temen morir, aún los buenos, visto que nadie sabe lo que será de él.» Suponiendo un hombre, el que tenga más méritos y satisfacciones, que duerma entre dos Crucifijos, y que se meta en agua bendita hasta las orejas, querría sin embargo verse libre de ir por mil años al purgatorio, cuyo fuego es tan cálido como el del infierno.

Hé aquí una religión que predica la desconfianza, por consiguiente, contraria al Evangelio que es la doctrina de la fé; una religión que enseña á decir: «Padre nuestro que estás en los cielos» y á la par le hace á uno dudar si es hijo del diablo. Por manera que la duda de nuestra salvación que entre nosotros es una falta, para la Iglesia romana es una virtud. Nuestra Iglesia procura combatir estas dudas con la fé, las oraciones, y las buenas obras, y la Iglesia romana enseña á dudar y hace profesión de desconfianza.

Sobre este punto no puede decirse lo que nuestros adversarios desfiguran nuestra creencia, presentándola desconocida. Dicen ellos que cada uno de nosotros se vanagloria de tener en cuanto á eso una revelación particular, y que entre nosotros todos dicen tener asegurada su salvación. Todo esto es falso, porque para estar seguros de nuestra salvación no nos es necesario entrar en consejo con Dios. El que esto quiera hacer por curiosidad, será condenado. El que tan alto quiera subir será precipitado en un abismo de desesperación. La certeza de nuestra salvación no debe, pues, buscarse tan lejos; se encuentra en el examen de nuestra conciencia, confrontándola con la doctrina del Evangelio; porque si nosotros estando verdaderamente convertidos por verdadero arrepentimiento, nos hemos acogido á Jesucristo y sentimos en nuestra conciencia que tenemos confianza en su muerte, seguimos la doctrina del Evangelio que nos dice que «el que cree en Jesucristo no perecerá, porque para él será la vida eterna.» (Juan III.) Aquí está el fundamento de nuestra seguridad, este es el apoyo de nuestra fé.

No es más cierto que cada uno de nosotros se vanaglorie de tener asegurada su salvación. Dios, aunque nos manda que tengamos seguridad, no nos manda que nos vanagloriemos ni hagamos abierta profesión de ello, y no nos es obligatorio creer á los que se vanaglorian; los profanos pueden envanecerse, los cuales tanto confían, sin causa, que esperan el cielo, cuando sus vicios los dirigen al infierno.

Es más, esta plena certeza de fé es un don que Dios no dá á todos los fieles al mismo tiempo, ni con la misma medida; á los unos se la dá antes, á los otros despues, á algunos solamente á la hora de la muerte. Hay ciertas personas que por oraciones y buenas obras procuran fortificarse con la fé, y sin embargo, son asaltadas de dudas sobre este asunto y no tienen aún esta plena confianza; á las cuales si reconocen en sí mismas algun progreso y un sério deseo de avanzar hácia esta fé, las exhortamos á continuar el combate que sienten en su interior como señal de su perfeccionamiento.

Nuestra creencia converge hácia estos dos puntos: 1.º Dios quiere que estemos seguros del cumplimiento de su promesa. 2.º Que Dios dá esta seguridad á quien Él quiere, y cuando quiere, y en la medida que desea aquel; mas principalmente á la muerte, porque entonces es principalmente necesaria.

Esta doctrina está fundada en la Santa Escritura: el apóstol San Pablo á los Romanos, cap. VIII, vers. 16, dice que «el Espíritu de Dios manifiesta en nuestros espíritus que somos hijos de Dios.» ¿Puede haber un testimonio de más crédito que el espíritu de Dios? Como podemos leer sin horror lo que dice Bellarmin en el cap. IX del libro III de la justificación, que «el testimonio del Espíritu-Santo no es con seguridad, sino de conjetural certeza,» es decir, de una certeza incierta. «El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio de Dios en sí mismo,» dice San Juan en su primera epístola, ca-

pítulo V, vers. 10. Puesto que se puede sin impiedad acusar de incierto al testimonio. Si para nuestros adversarios no tiene valor este testimonio, vale más que desconfíen de sí que no que contradigan la Palabra de Dios ó quieran medir por su nivel al resto de los hombres ó quieran limitar las gracias de Dios en los otros hombres por el desdichado estado de su conciencia.

El apóstol, á los Hebreos, cap. III, vers. 6, quiere que «nosotros prosigamos constantes hasta el fin en la seguridad y la gloria de la esperanza.» Y en el cap. IV, vers. 16: «Vayamos con seguridad al trono de su gracia, para obtener misericordia.» Y en el cap. X, vers. 22: «Vayamos con verdadero corazón en plena certeza de fé.» Porque, dice San Pablo á los Efesios, cap. III: «Por Jesucristo tenemos resolución y entrada confidencial por la fé que tenemos en Él.» San Juan en su primera epístola, cap. V, quiere que nosotros estemos seguros de conseguir la vida eterna. «Yo os he escrito estas cosas á los que creéis en el Hijo de Dios, para que sepáis que es para vosotros la vida eterna.» San Pablo á los Romanos, cap. VIII, dice que «aquellos á quienes Dios ha justificado, los ha glorificado.» Cualquiera que esté, pues, justificado llegará seguramente á la gloria.

Recordando la promesa de Dios de darnos todo lo que pidamos en nombre de Jesucristo. (Juan, XVI.) Pidamos la salvación y la perseverancia en la fé, porque Dios promete escucharnos. Pues también Santiago, cap. I, quiere que pidamos con fé debiendo no dudar. Es necesario, pues, pedir á Dios la salvación sin duda ni desconfianza.

De este tenor son los pasajes que comparan el testimonio del Espíritu-Santo en los corazones de los fieles á un sello y una arra para gravarnos. (Efesios, I, vers. 13): «Habiendo creído habéis sido sellados con la promesa por el Espíritu Santo, siendo aquella el arra que poseemos.» Y en el cap. IV, vers. 30: «No contristéis en nada al Espíritu Santo, por el cual habéis sido señalados para el día de la redención.» Y en la 2.ª á los Corintios, cap. I: «Dios ha gravado en nuestros corazones y nos ha dado las arras de su espíritu.»

El apóstol San Pablo á los Romanos, cap. VIII, vers. 37: «Yo tengo seguridad de que ni muerte, ni vida, ni ninguna cosa me separará del amor á Dios que se nos ha mostrado en Jesucristo Nuestro Señor.» Así, pues, yendo á morir, habla como si tuviera ya el precio en la mano, y como si estuviera apto para ceñir la corona. «Yo he combatido la buena batalla, he concluido mi carrera, he guardado la fé; en cuanto á lo demás la corona de justicia me está prometida.» (2.ª Timoteo, cap. IV, versículo 78.) Y poco despues: «el Señor me librará de toda mala obra y me llevará á su reino celestial.» (vers. 18). Nadie ha habido más lleno de seguridad que San Esteban cuando decía al morir: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios.» (Hechos, VII, vers. 55). O cuando Jacob decía al morir: «Señor, he esperado tu salvación.» (Jeremías, XLV, vers. 18.) O cuando David decía en el salmo XVII: «Veré tu justicia frente á frente y me llenaré de tu semejanza.» Y en el salmo XLIX: «Dios rescatará mi alma del poder de la muerte cuando me llevare á sí.» Y en el salmo CXXIII, versículo 24: «¿Tú me conducirás con tus consejos y me recibirás despues en la gloria?» Y en el salmo XLIX, vers. 16: «Dios rescatará mi alma del poder del infierno, cuando me lleve á sí.» O cuando Simeon, próximo á la muerte, decía: «Señor, dejás ir en paz á tu servidor segun tu Palabra.» (Lucas, II).

Todos estos santos servidores del Señor han sido condenados por el Concilio de Trento que en su sesión 16 dice así: «Sea anatema sobre aquel que diga que el hombre regenerado y justificado está obligado á creer con confianza que es del número de los predestinados.» Acusar de excesiva jactancia á un hombre que obedece á Dios que nos ordena que tengamos confianza en Él; acusar de jactancia á un hombre porque se fia en las promesas de Dios, es bajo apariencias de humil-

dad ponerse á discutir con Dios. Esta humildad es profana, esta modestia es injuriosa á Dios. Es como si uno dijera al Eterno: «Tú me has prometido una cosa, pero yo no creo en tu palabra, porque soy indigno de creer en ella; yo soy un hijo tuyo demasiado pequeño para fiarme en tus promesas.»

Fundar la certeza de la salvación en nuestros méritos, sería una jactancia; pero fundarla en las promesas de Dios, es obediencia y fé.

Sin embargo, para ser incrédulos, con razón nuestros adversarios dicen dos cosas: la primera es que no podemos tener seguridad en el uso de su voluntad. A lo cual decimos nosotros que Dios ha prometido gobernar nuestras voluntades, poner su ley en nuestros corazones y hacer que nosotros no nos retiremos de su presencia. (Jeremías, II, vers. 39 y 40.) Y Jesucristo diciendo en el capítulo XIII de San Marcos, vers. 22, que «falsos profetas vendrán haciendo signos y milagros para seducir aún á aquellos elegidos ya por Dios que les sea posible,» demuestra que los elegidos no pueden ser seducidos con una seducción final y última. Y Dios nos ha prometido oírnos cuando le pidamos fé y perseverancia. En resumen, todas las citas expuestas que afirman que debemos estar seguros de nuestra salvación, presuponen que Dios quiere también que estemos seguros de que Él no nos abandonará, porque sin esto no puede haber seguridad.

La otra razón es que Dios no dá en las Escrituras á nadie una promesa infalible. Esta razón es impía y destruye toda piedad, porque si Enrique ó Carlos no están obligados á estar seguros de su salvación, porque en la Escritura no se dice que Carlos y Enrique están salvos, de ahí se deduce que esas mismas personas no están obligadas á ser hombres de bien ni á temer á Dios, porque en la Escritura no se dice que deben ser personas honradas. Como las reglas generales de la piedad obligan á todos los individuos, así la promesa general de que aquel que cree en Jesucristo, tiene la vida eterna, asegura á todos los hombres que creen en Jesús que es cierta su salvación, aunque sus nombres no estén especificados en la Escritura.

## LOS SUCECOS DE GRANADA. (1)

Como quiera que á estos sucesos, que tanto nos atañen, se ha dado una grande importancia, á continuación damos á nuestros lectores las dos siguientes cartas, llenas de invenciones y de groseras calumnias, la una del corresponsal de *La Epoca*, periódico alonsino, y la otra de *La Lealtad*, periódico alonsino también de Granada.

«Sr. Director de *La Epoca*.—Granada 22 de Noviembre de 1873.—Mi estimado amigo: Dije á Vd. en mi carta de ayer que los insultos públicos, públicamente tolerados, del espendedor de libros protestantes, á lo más sagrado de nuestra religión, iban á producir amargos frutos, y por desgracia parecia que al hacer tan facilísimo pronóstico no andaba yo lejos de la verdad.

Afirmase de público, aunque yo no responda de la certeza de todos los hechos que no he podido comprobar por mí mismo, que algunos estudiantes y cadetes decidieron visitar en la noche de ayer cierta casa del Zacatin donde se celebran cultos protestantes, y que así lo hicieron.

El templo en cuestión está dirigido por cierto ciudadano que ejerce la industria de sombrerero y á la vez la de obispo protestante, á cuyos cargos añade el título de licenciado de presidio; lo que decimos, no en mengua suya, sino como diríamos que tenia este ó el otro título si nos constara que le correspondía como el anterior.

Los estudiantes y cadetes entraron como fueron llegando en vario número, y sin duda los *soi disant* protestantes, viéndose con tanto número de perso-

(1) Remitimos á nuestros lectores, en vindicación de las calumnias contenidas en estas cartas, á la que nos dirige sobre este mismo asunto nuestro amigo D. Alonso Manrique.



nas bien vestidas y portadas, inquietos y avispados, manifestaron cierto disgusto.

En esto sonó el piano, tocado por la hija del señor obispo, y los estudiantes y cadetes comenzaron á salirse sin que ocurriera nada de particular; cuando ó porque el prelado leyera mal, ó porque escitara la risa el hombre del gorro frigio, ó conmovidos por la música, ó por el jugueteo carácter andaluz, salió una voz que dijo *¡que baile!* Parece que un dependiente de la iglesia, *faca en mano*, impidió la salida de los estudiantes y cadetes, en cuyo acto la policía, que estaba dentro de la casa, cerró con ellos á sablazos, los *manió* y aun aseguran que en esta actitud les dieron sendos golpes y bofetadas, y aun afirman que hay tres estudiantes heridos.

Ahora bien: si es llano tolerar públicamente los insultos á la religion católica por parte del espendedor de los libros protestantes y de sus socios, ¿por qué se castiga de tan ruda manera á estudiantes inermes por decir sencillamente *que baile?*

¿Por qué se encontraba la policía dentro del templo protestante? ¿Es que la autoridad tenía noticia de lo que iba á suceder? No podemos creerlo cuando vemos á los impasibles policiaos oyendo los públicos denuestos del hombre del gorro frigio. ¡Igualdad, señores republicanos, igualdad!

Los estudiantes, segun se afirma, en número de 25 fueron conducidos á la cárcel, y los cadetes al cuartel, donde continúan presos.

Esta mañana, enterados los demás alumnos, se reunieron en la Universidad y en la facultad de Medicina, para procurar la libertad de sus compañeros por los medios que Vd. calculará, tratándose de algunos centenares de jóvenes.

Al cabo acordaron que una comision pasara á avistarse con el Sr. Gobernador, quien la recomendó el uso de los medios pacíficos y la quietud.

Los estudiantes continúan en la cárcel, en la que no se permite la entrada, ni pararse á nadie en la calle, guardada por numerosísima policía. Me aseguran, sin que yo responda del hecho, que mientras se prendia á los estudiantes, intervenia en los sucesos uno de los individuos del Comité de salud pública, hecho que no podemos creer.

Insultada públicamente en calles y plazas la religion católica, debió esto haberse impedido por la autoridad, y entonces la prision, sólo la prision de los estudiantes y cadetes hubiera estado justificada si se quiere; pero ¿por qué tan extremado rigor para los unos y tanta tolerancia para los otros?

Igualdad volvemos á pedir y pediremos siempre, y tolerancia para todos ó castigo para todos.

Ahora se dirá que estas son intrigas carlistas, y se hablará de la mano oculta de la reaccion y de otras sandeces por el estilo; pero ninguna persona que de liberal se precie podrá tolerar tranquilo que se tache de carlistas, no á los 500 ó 600 estudiantes reunidos hoy para salvar á sus compañeros presos, pero ni aun á estos, que pertenecen á todas las opiniones políticas.

El Gobernador de la provincia es catedrático, es hombre de conocida ilustracion, y estamos seguros de que, interviniendo al cabo en estas cuestiones, hará que haya justicia para todos, y que puesto que tenemos en la ley escrita la *libertad de cultos*, haga que se respeten las opiniones de todos, así las de la inmensa mayoría como de la más que *exigua minoría*.

Nada más pedimos.

Pero, si lo que no es de esperar, esto dejara de hacerse, repito lo que escribí á Vd. en mi carta de anoche; estos sucesos pueden tener un término gravísimo.

Por de pronto, la Universidad quedará desierta de estudiantes, pues los padres, alarmados, los retirarán en cuanto tengan noticias de estos acontecimientos.

Para concluir, voy á contar á Vd. el oportunísimo rasgo de uno de los estudiantes presos.

En el camino había procurado mañosamente desatarse, lo que logró, y al llegar á la puerta de

la cárcel, viendo al general ó al segundo cabo que esperaba á los presos, noticioso de que entre ellos iban algunos cadetes, exclamó señalando á este: — ¡Papá! ¡Papá!

El policiaio que lo custodiaba, creyendo al preso hijo del general, facilitó la fuga, asustado de la importancia del cautivo.

Todo puede esperarse del pronto, oportuno y perspicacísimo génio andaluz.

La Lealtad se expresa así:

«El orden público continúa amenazado, merced al incuestionable derecho que tiene el vendedor de libros protestantes de infringir el capítulo 3.º del artículo 240 del Código penal, de promover escándalos con motivo de su doctrina, de obstruir la vía pública con la gente que reúne y en vender su mercancía donde primero le place, sin que haya quien le diga lo que á todos los vendedores: *«Este es el sitio de Vd., y de aquí no se mueve, so pena de una multa.»*

Ayer atrajo con su presencia en la plaza de Bib-Rambla un gentío inmenso. De sus predicaciones resultaron predicadores adversarios defensores del catolicismo. El formaba un grupo numeroso, otros juntaron los suyos. Quién compró libros que quemó en otro lado y despues se vió á un sugeto que á voz en cuello decia: *¿Dónde están los republicanos que no tienen?... puntos suspensivos.*

Aquel individuo pedia amparo para el hombre de la *cresta de gallo* y hacia de una cuestion religiosa una cuestion política.

Vimos á algun ciudadano de estos conocidos por su intranquilidad de ánimo ser apartado de un corro por mujeres que se colgaban de sus brazos; vimos llegar los agentes de orden público y disipar los grupos que no eran del vendedor sin oír las reclamaciones de los que pedian fuera tambien disipado el otro; y vimos, por último, sacar á fuertes empujones, y con gran coraje, por dos inspectores de orden público, á un caballero muy conocido en esta capital que fué á la cárcel con dos jóvenes más por referir el hecho de haberse comprado libros para quemarlos en seguida.

Sin continuar más detalles, diremos que el alcalde, Sr. Alonso Pineda, tuvo que acudir dejando allí buen número de municipales, y la policía en su mayor parte tuvo su entretenimiento con el señor *Cresta de gallo*. ¡Qué importancia tiene este hombre!

## REMITIDOS.

Con objeto de esclarecer en lo posible lo relativo á los asuntos de Granada mientras nos llegan cartas del pastor de aquella localidad, á continuacion copiamos la que remitida á *La Epoca* dirige tambien á nuestro periódico el pastor auxiliar de la capilla evangélica de la Madera Baja, Sr. Alonso Manrique.

Héla aquí:

Sr. D. Andrés Sánchez del Real. Mi querido amigo: Con fecha de ayer dirigí al Director de *La Epoca* la adjunta carta y comunicado, que no ha sido posible se inserte en las columnas de dicho periódico por haberme pedido una suma exorbitante, que no me era posible satisfacer. Se la incluyo á Vd. para que si lo cree oportuno, haga que se inserte en *La Luz* y en algun otro de los periódicos que Vd. redacta: favor que le agradecerá su afectísimo amigo S. S. Q. B. S. M.

MANRIQUE ALONSO.

Madrid 26 de Noviembre de 1873.

MADRID 25 DE NOVIEMBRE DE 1873.

Sr. Director de *La Epoca*.

Muy señor mío y de mi aprecio: Espero se sirva Vd. insertar en su ilustrado periódico el siguiente comunicado, favor á que le quedará agradecido su afectísimo S. S.

MANRIQUE ALONSO.

En el periódico *La Epoca* correspondiente al día de ayer se inserta una carta procedente de Grana-

da, en la que se refieren ciertos sucesos ocurridos en la capilla evangélica de esa ciudad y que dieron por resultado el que varios estudiantes y cadetes, que en ella habian entrado con objeto de promover un escándalo, fuesen conducidos á la cárcel por los agentes de la autoridad. Los jóvenes en cuestion penetraron en la capilla en el acto del culto, y despues de algun tiempo, cuando el pastor se hallaba dirigiendo la palabra á la congregacion, rompieron en gritos de *¡que baile, que baile!* Uno de los dependientes de la capilla dió parte á la policía, que se hallaba en el mismo local, la que apoderándose de los alborotadores, no sin resistencia de parte de estos, los condujo á la cárcel á disposicion de los tribunales.

Nada tiene de particular este suceso en un pueblo que como España no tiene la educacion suficiente para conocer la libertad y respetar los derechos de los demás; pero lo que causa cierta indignacion, es que personas que se precian de ilustradas é imparciales se aprovechen de unos hechos tan naturales como ese, dada la poca ilustracion de nuestro pueblo, para insultar á personas dignísimas como el Sr. Alhama, pastor protestante de Granada, y dirigir acusaciones injustas contra los protestantes españoles.

Nosotros, sépalo el corresponsal ó el autor de la carta dirigida á *La Epoca*, nosotros los protestantes somos muy amantes de la libertad; nosotros sabemos respetar siempre y en todas las ocasiones los derechos, las creencias y las opiniones de cada uno; nosotros no *imponemos* nuestras doctrinas valiéndonos de medios violentos para ello; nosotros no *quemamos libros* ni hacemos hogueras para quemar á los hombres porque no siguen nuestras creencias; nosotros enseñamos y defendemos nuestras doctrinas con la razon y la ciencia apoyadas en la Biblia, sin insultar dogmas ni personas que nosotros respetamos, porque tenemos un concepto muy elevado de la libertad y de la dignidad del hombre, y sobre todo porque el Evangelio, que es nuestra única regla de fé y de conducta, nos lo prohíbe terminantemente. Los protestantes no hemos apelado ni apelaremos jamás á esos insultos groseros é infames calumnias, que desde los púlpitos de las iglesias católicas y desde las columnas de los periódicos sinceramente católicos se han lanzado contra nosotros para desacreditarnos y desacreditar nuestras doctrinas. Que lo sepa el corresponsal de *La Epoca*, nosotros somos más dignos que todo eso, porque estando convencidos de la verdad y bondad de nuestras creencias no necesitamos para defenderlas arrastrarnos por el lodo inmundo de la calumnia y del insulto, armas que nos están prohibidas y que solo pueden manejar los que carecen de otras más nobles. ¿Cuándo se ha visto, que los protestantes hayamos acudido á un templo católico á interrumpir el culto, á mofarnos de sus ceremonias é insultar al orador cuando dirige la palabra al público? ¿Cuándo se ha visto que nosotros hayamos encendido hogueras en las plazas públicas, para quemar libros católicos? ¿Quién ha oído á ninguno de los pastores protestantes insultar desde el púlpito á las doctrinas contrarias y calumniar á los ministros de la religion católica? Hemos combatido aquellas con valor y con energía, porque es nuestro deber, porque estamos convencidos del error que contienen y porque somos libres por derecho natural y por derecho constitucional para hacerlo así; pero el insulto, pero el desprecio y la calumnia, jamás.

Que un vendedor de libros protestantes se haya puesto en la plaza ó en las calles públicas á expendir sus libros y defender lo que en ellos se contiene, está perfectamente en su derecho, como lo estaban tambien los que le combatian é impugnaban sus doctrinas y quemaban los libros que le habian comprado. Que el público le rodeaba y formaba grupos; el público estaba en su derecho, como lo está cuando en las plazas de Madrid se reúne á escuchar á cualquier orador improvisado ó presenciar cualquier espectáculo de esos que llaman la curiosidad pública. Si el vendedor de libros en



cuestion interrumpia la vía pública, los agentes de orden público debieron advertírselo igualmente que á los que le rodeaban, aunque no creo que aquel se espusiese á cometer una falta, que sabe muy bien que sería irremisiblemente castigada, porque en España, digan lo que quieran los periódicos católicos, los protestantes somos los párias de esta sociedad, á pesar de todas las libertades y de todos los derechos individuales.

Insulta el autor de la carta al dignísimo Sr. Alhama, pastor protestante de Granada, llamándole licenciado de presidio. El Sr. Alhama se gloria de esto, porque para él es una gloria el ver rodeada su frente con la aureola del martirio, como otros muchos que en años pasados, cuando estaba en su apogeo la intolerancia católica apoyada por los gobiernos moderados, fueron condenados á presidio y después á destierro, librándose de la hoguera no sé cómo, todo por seguir la religión de su conciencia. Ese presidio les honra como honra á los primeros mártires del cristianismo. Que vea el corresponsal de *La Epoca* la causa instruida contra el Sr. Alhama y compañeros por los años de 61 y 62, y allí verá por qué y á quiénes se debe que dichos señores estuviesen en presidio. Después han vuelto á España y se han podido presentar delante del público sin ruborizarse, porque estaban seguros de que nadie, absolutamente nadie podía señalarles con el dedo ni descubrir en su rostro la marca del crimen. El Sr. Alhama está muy por encima de todos esos insultos, que desprecia porque sabe de donde proceden.

Que haya sido sombrerero y ahora se dedique como pastor protestante, no obispo, porque el señor Alhama no es obispo, á predicar el Evangelio, ¿qué tiene eso de particular? San Pablo se dedicaba también á una industria mientras predicaba el Evangelio, y el Sr. Alhama no tiene que avergonzarse de eso. El predicar el Evangelio no es patrimonio de clases privilegiadas, es un deber de todo cristiano conforme á las luces que Dios le haya comunicado, y el Sr. Alhama no necesita pedir lecciones de religión al autor de la carta. Por último, si el Sr. Alhama es en política republicano, está en su derecho sin que por eso falte á ninguno de sus deberes, pues el Evangelio, á que únicamente se atiene, no le prescribe forma alguna política á la que debe obedecer.

¿Qué queda, pues, de todo lo que dice la carta de Granada publicada por *La Epoca*? Nada más que el intento de herir villanamente á los protestantes y al Sr. Alhama, que parece que le estorbamos, el propósito de desacreditarnos y también el propósito de hacer la oposición al Gobierno y á las autoridades de aquella ciudad. Cuando esas autoridades han obrado así, razón habrán tenido para ello; no habrá sido sólo una calaverada de estudiantuelos, como dice *La Epoca*, habrá sido algo más y esperamos que otras noticias nos pongan al corriente de lo que allí ha sucedido. Hasta ahora sólo la carta dirigida á *La Epoca* y el periódico isabelino *La Lealtad* de Granada nos dan la noticia, y preciso es esperar que nos venga por otros conductos más desinteresados.

No pido el castigo de nadie, porque los protestantes sabemos perdonar, pero que quede expedita la acción de los tribunales, para que se cumpla la ley contra cualquiera que la quebrante. Nosotros con más derecho que nadie podemos pedir la igualdad ante la ley, porque hasta ahora la ley nunca nos ha favorecido.

El pastor de Sevilla D. Juan Bautista Cabrera, nos remite á última hora la siguiente carta que insertamos íntegra: nos dice que escribamos un artículo con los detalles que en ella nos remite; pero en verdad que no puede haber mejor artículo que la carta de nuestro amigo.

Héla aquí:

SEVILLA 27 DE NOVIEMBRE DE 1873.

Mi querido Sanchez: Aunque de prisa, le escribo estas mal perjeñadas líneas para darle algunos

datos sobre los sucesos de Granada. Vd. conocerá mejor que yo lo que han dicho sobre ellos los periódicos de Madrid, según sus respectivas ideas políticas. El artículo «Respeto á la Ley» de *El Imparcial* del 25 me parece muy sensato y bastante imparcial. Creo que no estaría demás que, con lo que han dicho los diversos periódicos y lo que yo le voy á decir, escribiera Vd. un artículo y lo publicara en la próxima Luz, aun cuando tuviera que retrasar algunos días el número, y dejar para otro los materiales que ya están compuestos. Y digo esto, porque si dejamos esta cuestión para otro número, habrá perdido ya el mérito de la actualidad.

Según carta del Sr. Alhama, fecha 21 del actual, el jueves día 20 por la noche hubo un conflicto en la capilla evangélica de Granada, de cuyo conflicto dió parte al gobernador de la provincia en estos términos:

«Señor gobernador civil de esta provincia.

«El que suscribe, vecino de esta ciudad y pastor de la Iglesia Cristiana Española, que tiene establecida su capilla en la calle del Zacatin, núm. 79, pone en conocimiento de V. S.: Que anoche, como á las siete menos cuarto, se presentaron en la indicada capilla algunos jóvenes, cuyos nombres no conozco, los cuales por sus modales provocativos dejaban comprender que no los traía á aquel sitio otro objeto que promover un conflicto; pues apenas se presentaron en el lugar de nuestro culto, provocaron á algunos de mis feligreses á polémicas que ni son permitidas en aquel lugar, ni podrían tener otro fin que buscar un pretexto provocador. Al apercibirme de la actitud de los referidos jóvenes, supliqué á uno de mis feligreses que diera aviso y pidiera auxilio á la autoridad para que esta nos sostuviese en el derecho que tenemos de adorar á Dios conforme á nuestras creencias. Empecé el culto como tengo de costumbre hacerlo todos los jueves y domingos á las siete de la noche. Al ocupar la tribuna observé que los ya indicados jóvenes no estaban con la compostura decorosa que se exige no solamente en los templos de una religión permitida por la ley, sino también en las casas de gente de mediana educación. Yo creí que al empezar nuestro culto variarían de posición, pero desgraciadamente no sucedió así; antes al contrario, redoblaron sus risas y sus posturas poco decorosas; tan fué así que me obligaron á suspender por algunos minutos nuestras oraciones, para recordarles el derecho que teníamos de que nos respetaran, como nosotros respetábamos á los que no eran de nuestra opinión; les mandé desemborsarse pero pocos obedecieron, y mis advertencias no surtieron ningún efecto favorable á pesar que les recordé que la ley castigaba á aquellos que en cualquier templo faltaban al respeto de los demás. A los pocos minutos, y cuando estaba leyendo un capítulo de las Escrituras Sagradas, se levantaron todos á la vez como obedeciendo á una cosa convenida, diciendo al salir: «á comenzar el baile.» Estas palabras parecían ser la señal para efectuar el plan que se propusieron, y que algunos de los concurrentes á la capilla había comprendido cuál era, por haber oído decir: «ya es hora de preparar los revolvers.» La presencia de los agentes de la autoridad seguramente evitó un conflicto que hubiera llenado de luto algunas familias, y hubiera aumentado con una página más la historia de los excesos del fanatismo.

«Como los hechos que denuncio están penados por la ley, los pongo en conocimiento de V. S. para que ejecute lo que proceda.

«A la vez suplico á V. S. dé sus superiores órdenes para que en lo sucesivo dos agentes de seguridad pública custodien nuestra capilla los jueves y domingos á las siete de la noche, y durante la celebración de nuestro culto, en evitación de escándalos como el que dejo relatado.

«Dios guarde, etc.—Granada 21 de Noviembre de 1873.—José Alhama.»

Ahora bien; por la carta que Vd. publicó en el número último de *La Luz*, se puede venir en co-

nocimiento de cómo se prepararon estos sucesos, debiendo añadir que después de aquel suceso, las autoridades prohibieron la venta y aun parece que encarcelaron á otros dos colportores. Esta parcialidad de aquellas autoridades, ó de algunas de ellas, había alentado á esa gente joven, que se llama *finca y educada* y forma la Juventud Católica, la cual en casi todas nuestras capillas de España ha producido algunos escándalos más ó menos graves, por sus modales groseros y falta de buena educación, (lo cual parece un distintivo de esa juventud) escándalos que las autoridades han dejado pasar desapercibidos, unas veces por apatía, otras por espíritu de compadrazgo, y otras por no disgustar á ciertas *elevadas* clases que parecen tener el privilegio de hacer lo que se les antoja sin respeto á las leyes. Para esa juventud que no tiene un ápice de cristiana, aunque será muy católica, todo está permitido. Para ellos el vender Biblias, hablar del Evangelio y la simple existencia de nuestras capillas es *escarnecer* su religión. Y sin pensar que nosotros podríamos decir lo mismo respecto de ellos, sientan ese principio para cohonestar todos sus escándalos, y la impunidad les hace crecerse.

Resultado de ello los sucesos del 20 en esta capilla de Granada. A la relación que el pastor envió al gobernador civil faltan algunos detalles curiosos; al salir aquellos jóvenes católicos de la capilla gritando: «á empezar el baile,» un feligrés se presentó en la puerta por donde salían, y les dijo «que por qué aquel desorden;» y la contestación fué acometerle y quererle arrojar al patio; en este momento se presentaban los agentes de la autoridad que habían sido avisados, y se trabó una fuerte lucha invadiendo la capilla, donde continuó hasta que los agresores fueron desarmados y llevados presos. Suponga Vd. ahora la confusión que en la capilla se armaría, y los sustos de aquella pobre gente que había ido á celebrar su culto, confiada en que estaba al amparo de las leyes.

Al viernes siguiente, grandes grupos de estudiantes quisieron violentamente poner en libertad á los presos; mas luego, vueltos á mejor sentido, se contentaron con enviar comisiones al gobernador para alcanzar aquella libertad de sus compañeros. Por la ciudad empezaron á circular rumores de que iban á prender fuego á la capilla por la noche, y el pueblo se preparó á defenderla. La autoridad tomó algunas medidas para evitarlo. Aquella noche fueron puestos en libertad los presos después de haberles tomado declaración.

El sábado siguiente, día 22, hubo grupos en la plaza de Bib-Rambla, donde un colportor vendía libros. Los enemigos le insultaban, los amigos le defendían, algunas veces llegaron á las manos, y por fin uno gritó: «Muera Alhama.» El gritador fué apaleado y le llevaron preso. Habiendo aumentado los insultos al colportor, y prendiéndose fuego á algunos libros en la plaza, el conflicto creció, y hubo bofetadas, palos y carreras. A la señora é hija del pastor, que tuvieron necesidad de salir, las insultaron también por las calles. Al anoecer, el Zacatin y las calles inmediatas presentaban un aspecto guerrero, ocupadas por la Juventud Católica, carlistas de varias edades, curas vestidos de seglar y algunos militares, grupos del pueblo embozados en sus capas y agentes de la policía armados. Todo presagiaba un choque entre los defensores de ideas distintas, y parecía esperarse sólo á que cerrara la noche para dar la señal del combate. El pastor Sr. Alhama y su hijo entraron en el Zacatin, dirigiéndose á la capilla para asistir á la escuela nocturna. Todas las miradas convergieron á ellos, pero nadie se atrevió á insultarles. No tardó, sin embargo, en estallar la tempestad: no eran aún las ocho de la noche, y ya habían tenido lugar algunos choques, de cuyas resultas parece que los agresores llevaron la peor parte. Varias veces se repitieron las carreras y se dieron sendos garrotazos, y aun otra cosa que ha dejado marcado el rostro de algún católico para memoria de esta Saint Barthelemy en miniatura. En medio de este con-



fictio, aparte de esas gentes que no pueden avenirse con las libertades de España, el resto del pueblo ha simpatizado con el Sr. Alhama y le ha dado pruebas de cariño. Puede decirse, si la historia nos ha de enseñar algo, que á ser los neos mayoría, no hubiera quedado así.

El señor gobernador de la provincia pasó al señor Alhama con fecha 22, el siguiente oficio:

*Gobierno de la provincia de Granada.—Sección de orden público.—Número 863.*

«Desde que tuvo noticia este gobierno de la injustificada agresión de que fué objeto la asociación religiosa de que Vd. se titula pastor, adoptó las más enérgicas medidas para garantizar la libertad con que á todos ampara la ley del Estado, que proteja la independencia de todos los cultos, y evitar que se renovaran violencias que condena la tolerancia religiosa y el respeto que se debe á todos los cultos.

«El gobierno de provincia no se limitó á entregar á los culpables á la acción judicial, sino que dispuso lo conveniente para que los congregados pudieran tranquila y confiadamente reunirse al amparo del derecho y á la inviolabilidad que debe amparar toda creencia religiosa.

«Vd. puede celebrar con sus congregados culto público ó privado y cuantas ceremonias religiosas satisfagan sus creencias, y las autoridades velarán sin descanso para la defensa del derecho de todos; pero, se reprimirá también enérgicamente toda violencia, venga de donde viniere, restableciendo el imperio de la ley á que deben todos obediencia.

«Dios guarde, etc.—Granada 22 de Noviembre de 1873.—F. Arias Reina.—Sr. D. José Alhama.»

En la noche del domingo, día 23, se celebró el culto de costumbre en aquella capilla, y la concurrencia fué numerosísima. Hubo silencio, recogimiento y devoción, lo cual formaba un marcado contraste con los sucesos de los días anteriores.

Pero ¿han terminado ya aquellos conflictos? ¿Quién podrá asegurarlo? Por de pronto el alcalde ha prohibido (no sé si arbitrariamente) la venta de libros nuestros en las plazas públicas; mas los colportadores se han empeñado en vender, en uso de su derecho, y siguen las polémicas acaloradas. No será, pues, extraño que tenga que alargarse esta triste crónica.

Omito mas observaciones, porque lo dejo á su ilustrada pluma. La energía de las autoridades, las oraciones de nuestros hermanos, y la prudencia de todos son muy necesarias en estos momentos.

Suyo afectísimo,

JUAN B. CABRERA.

Deseosos de dar á conocer en nuestro periódico las noticias relativas á todas las obras cristianas que se llevan á cabo en diferentes territorios, y especialmente las que están relacionadas más ó ménos con la obra española, publicamos á continuación la siguiente carta que nos ha entregado nuestro querido amigo M. Lighton, que se relaciona con los trabajos evangélicos llevados á cabo en Orán por un compatriota nuestro:

«ORÁN 21 DE NOVIEMBRE DE 1873.

Querido amigo y hermano en el Señor: Con el mayor placer voy á satisfacer vuestros deseos, remitiándoos la relación y estado de esta misión, que me pediais en vuestra última.

Al llegar á Orán, huyendo de los horrores de una guerra civil que se presentaba tan potente como desacertada, yo no hubiera creído estar en territorio francés, pues el lenguaje y las costumbres son españoles, cosa que se explica teniendo en cuenta que en Orán hay cerca de 35.000 españoles.

Como Vd. puede comprender, la primer idea que cruzó por mi mente fué la de si mis compatriotas tendrían una voz que en este abrasado suelo les hablase de Cristo, de la redención por gracia, del Evangelio, en fin. Visité la iglesia y los

pastores, y supe con tristeza que hacia cinco años que no se predicaba la Palabra de Dios en lengua española, porque los que la anunciaban partieron á su patria cuando esta abrió sus puertas á la libertad religiosa. Me propuse, pues, animado por estos celosos pastores, reunir los esparcidos miembros de la antigua misión, y en efecto, pude celebrar el primer servicio el domingo 21 de Setiembre, servicio al que asistieron solo 10 personas; después todos los siguientes he continuado las predicaciones, y gracias al Señor, en el día de hoy asisten 30 fieles y regular número de niños. ¡Dios derrame sus bendiciones sobre esta pequeña grey!

El trabajo espiritual más fructuoso de esta misión, según la experiencia de este corto período me ha enseñado, son las visitas hechas por mí á los fieles en su propia casa, en las que algunas noches he reunido un considerable auditorio, compuesto en su mayor parte de obreros que empiezan á interesarse vivamente por sus almas. ¡Qué feliz me contemplaré si el Señor me concede hacer por su gracia de este puñado de españoles que solos, sin familia, buscan el pan en este suelo, una familia llena de caridad y amor, cuyo jefe sea Cristo!

Como quiera que mi ánimo no es fundar una iglesia propiamente dicho, y si cultivar una misión española dentro de la iglesia de Orán, y por las leyes y bajo los auspicios de esta se gobierne, pienso, con la ayuda del Señor, y cuando me sea posible llevar el Evangelio al interior del Africa, donde hay un núcleo bastante respetable de españoles.

Tanto de los progresos que esta obra haga, cuanto de lo que con ella se relacione, tendré á Vd. al corriente y le suplico que no deje de orar, y lo mismo su familia, por la prosperidad de esta pequeña grey. La oración, esa poderosa arma del cristiano, que puede decidir el éxito de todas nuestras obras, quiera Dios recojerla y por ella bendecirnos. Amen.

Recibid, querido hermano en Jesucristo, la expresión del afecto de vuestro amigo y S. S.

EDUARDO BERMEJO.»

## NOTICIAS VARIAS.

La partida de Santes se compone en su mayor parte de ancianos y chicos de 12 á 13 años, unos descalzos y otros medio desnudos, y la caballería de jacos viejos, estropeados, y muchos de ellos sin monturas, siendo los ginetes los que no pueden andar. Además van con la partida 23 curas, que llevan todos caballos.

Con 23 curas, ¿cómo no es posible que todos los carlistas de esa partida no vayan al cielo? La cosa se cae de su propio peso.

Se nos asegura que el cura de Prades, que vá con la partida de Baró, ha amenazado con fusilar á dos vecinos de Capafons que recientemente contrajeron matrimonio civil, si no declaraban nulo este y no lo efectuaban con los ritos de la «Iglesia católica, apostólica, romana.»

¡Excelente varón evangélico!

Según afirma un colega, de orden del gobernador civil de Alicante volverá á abrirse el colegio de jesuitas de Santo Domingo de Orihuela, después de haberse convencido dicha autoridad de que no había méritos bastantes para la expulsión de los jesuitas de aquella localidad, ordenada por el alcalde.

Creíamos que los jesuitas habían sido expulsados de España cuando ocurrió la revolución de Setiembre. Nosotros los admitimos cuando todas las naciones los arrojan de su seno.

Según dicen los periódicos carlistas, es ya notorio y oficial que el Papa ha nombrado al obispo re-

beldé de Urgel vicario general castrense de «los reales ejércitos de España,» lo cual, en concepto de la prensa carlista, equivale á un reconocimiento expreso de parte del Pontificado á favor del Pretendiente. Así parece, y no debe sorprendernos, porque en todos tiempos los Papas han protegido espiritual y temporalmente la causa del retroceso y del absolutismo.

La conducta que observa el papado respecto á los carlistas rebeldes determina la que debe adoptar resueltamente el Gobierno de la República.

*El Pensamiento Español* dedicó hace dos días un artículo para demostrarnos que la concesión por el Papa al obispo rebelde de Urgel de la jurisdicción especial sobre los católicos carlistas, no tiene ni puede tener carácter político, ni prejuzga por lo tanto el reconocimiento de la legitimidad que invoca D. Carlos.

Para contestar á los argumentos de *El Pensamiento*, nos basta reproducir la siguiente noticia de su colega y correligionario *La Reconquista*:

«*El Cuartel Real*, impreso en Estella el día 21 del mes actual, anuncia oficialmente la llegada de las Letras apostólicas confiriendo al señor obispo de Urgel la jurisdicción castrense «en los reales ejércitos de España,» (palabras textuales).»

O *El Cuartel Real* no dice la verdad, ó resulta de sus palabras que el Papa ha reconocido en esa su disposición la majestad de D. Carlos, que á tanto equivale calificar de *reales ejércitos* á las partidas de fanáticos que le rodean.

Las autoridades alemanas siguen tomando medidas de rigor contra los prelados católicos romanos. Monseñor Ledochowski, arzobispo de Posen, ha sido condenado de nuevo á 2.000 thalers de multa (30.000 rs.) y á trece meses de cárcel.

Nos agradan esos actos de justicia.

En una carta de Gandesa fechada el 19 de este mes, que publica un colega, se refiere el siguiente hecho: «En esta se descubrió que dos muchachas figuraban entre los voluntarios carlistas de la partida del cabedilla Panera. Estas dos muchachas daban la guardia en el reten situado en casa de N. Contaban apenas 14 años la una y 16 la otra y sirvieron tres días. Las dos eran procedentes de la Casa de Misericordia de Tortosa. Apenas corrió la voz, ambas empezaron á sufrir la persecución de algunos jóvenes. Algunas señoras se interesaron para salvarlas. Cuando se les interrogó por el motivo de su calaverada, manifestaron que «estaban persuadidas de que todos los carlistas que morían eran mártires y que iban al cielo.»

¡Desgraciadas víctimas de las supersticiones clericales!

Han cesado por completo en Granada las manifestaciones de los estudiantes.

La conducta de las autoridades ha sido tan enérgica como eficaz.

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.